

860-1(866) Cuesta
6965

4-11

CANTOS DE MI HEREDAD

POR

AGUSTIN CUESTA V.

BIBLIOTECA NACIONAL
 1913-1918
 NO 6969 ART. 1991
 PRECIO

0008256 - J.

CUENCA - ECUADOR

Para la Biblioteca pública de Quito.

El Autor.

Spinto Amata.

Cuenca, diciembre 14 de 1918.

BIBLIOTECA NACIONAL

R-126 s. 11

a-1-63

Quito-Ecuador

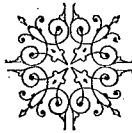
Cantos de
mi heredad

por

AGUSTIN CUESTA V.

con prólogo de

M. A. MORENO S.



CUENCA - ECUADOR

Prólogo



En la Portada

Al ocupar las primeras páginas de "Cantos de mi Heredad", no trato de hacer la presentación de tan sentidos versos de Agustín Cuesta; pues, ante todo, carezco de la autoridad que justificaría el intento, y ni el autor es desconocido en nuestra pequeña república literaria, en donde ha terciado ya como paladín del verso, junto con otros jóvenes que gozan de reputación, honrosamente conquistada.

Tampoco puedo, ni intento siquiera, hacer algo que asemejarse pudiera a crítica o elogio de "Cantos de mi Heredad"; me ligan para con su autor hondas y antiguas simpatías, que obedecen, más que a tendencias artísticas, a motivos sentimentales, y, es claro, nada puedo decir de A. Cuesta, que no sea inspirado, más que por el espíritu de crítica, por el calor del afecto.

Un día —como hoy, a las del lector,— llegó a mis manos este libro, y por escuchar los cantos del poeta que fué amigo, compañero y hermano mío de ensueño en los dichosos tiempos de la mocedad, volteé la primera página, y abriéronseme las puertas de jardines de an-

taño, lejanos y casi olvidados, donde viví los poéticos días de la adolescencia; sentí la emoción que traen las cosas viejas, que en sí retienen algo de la vida que vivimos en la edad ausente; aspiré el perfume de la muerta primavera, y se encariñó mi alma dolorida con este libro de recuerdos infantiles, y, evocando también las pequeñas grandes cosas de la niñez, puse al frente de este libro unas líneas, como homenaje a fraternales afectos, que van cobrando ya el sabor añejo del vino que se queda en el fondo de ánforas empolvadas.

Ahora cuando sale a luz este poema, quiere Agustín Cuesta que vayan al frente de sus Cantos, estas líneas que escribí para que fuesen leídas en el seno de la amistad. Ya que él lo quiere, no puedo hacer otra cosa que dejar que se publiquen, conociendo, sí, el ningún interés que pueden tener para el lector apuntes sin arte y de carácter casi íntimo, y entre los cuales, seguramente, se encontrarán ingenuidades que sólo pueden tener algún valor para aquél que un día las sintió e inspiró.

*
* *

Pudiera decir que fué ayer; pero, han pasado quince años. Cuando conocí a Agustín Cuesta era él un adolescente de figura endeble, pálido, de ojos melancólicos, rodeados de ojeras violáceas, locuaz y alegre, que vivía soñando en amores y a caza siempre de rimas y ritmos, fantaseando en todo y narrando infatigablemente historias, que sábelo Dios si serían tales....

A poco nos juntó la suerte con José Rafael Burbano V. y Ricardo Márquez T. en un grupo

íntimo de amigos, al que pusimos el nombre de "Fraternidad", el mismo que, en mi hogar, a la sombra bendita de mi padre, halló afecto, estímulo y enseñanzas.

A la evocación de "Fraternidad" vienen a mi alma tantas cosas, a las que bien quisiera dedicar líneas empapadas en el oleo del recuerdo y quizá también en íntimas lágrimas. Es mejor que se callen los secretos dolores para sentirlos y llorarlos en la soledad....

Agustín Cuesta era el más fervoroso trabajador en esas entusiastas labores de ensayo; fué prematuro amorador de la belleza, y gustaba expandir sus sentimientos, recitando a Peza y a Gutiérrez González. Empezó novelas, intentó hacer dramas, compuso poemas, olvidó los libros de estudio y soñó en dedicarse al Arte por el Arte.

Pero en nuestra buena tierra no es posible hacer profesión del culto del ensueño, ni del amor a la literatura, —por fuerte que sea la vocación,— y nuestro amigo tuvo que seguir la corriente general, y empleó los mejores años de su juventud en estudios de otra índole; se graduó de médico y entró en la lucha de la vida, compartiendo sus labores entre Ariel y Calibán.

Ha tenido que adaptarse a las idiosincrasias del medio ambiente y hacer lo que llaman vida pública; recuerdo que le hicieron Diputado al Congreso Nacional, como antes le hicieramos sus compañeros, a un Congreso de Estudiantes que se reunió en Bogotá.

Ahora,.... ha vivido treintitrés años; guarda inéditos algunos libros de versos, de mu-

chos versos, que para ello es incansable; tiene un hogar feliz y un grupo de niños alegres que le llama padre, y él, en ese ambiente plácido, dedica los ratos de ocio al amor de las musas con afán envidiable.

Fácil es, por otra parte, explicarse, que teniendo que repartir el alma en tantas cosas, no le sea dado hacer labor a toda conciencia, y que responda a las exigencias del artístico gusto actual; y sí solamente ir sacando a flote a los hijos del ingenio del fondo mismo de la prosa de la vida.

“¡Prosa de la vida, fondo inmenso de eterna poesía!”, dijo don Miguel de Unamuno, y en Cuesta creo ver confirmado el principio: sus poemas, inspirados en la vida diaria e impregnados de realismo, nos lo prueban. Después de todo, juzgo que así, varia por la índole y los motivos, es más grata la labor de los poetas. ¿Qué sería del Arte si todos sus cultivadores siguieren una sola de sus sendas?

Y vuelvo al libro que motivó estas líneas. “Cantos de mi Heredad” es un brote espontáneo de la genialidad de Agustín Cuesta. Poesía casera, tierna y sentida, sin artificio, desaliñada quizá, pero sincera. Cuesta es poeta porque nació poeta; no conoce —¿por qué no decirlo?— los primores del estilo ni los floreos retóricos, y sus poemas distan de llegar al preciosismo de la forma y a las sutilezas de la concepción; pero, en cambio, sabe sentir, y haciendo como él dice, poesía para la tierruca, acierta las más de las veces en el colorido, y empapa sus versos en emoción sincera, que hacen vibrar la oculta lira que todos llevamos en el pecho.

“Cantos de mi Heredad”, recuerdos de la primera edad, añoranzas de “la vieja casa” y de “las lejanas auroras de la vida”, de la “heredad que fué de ella”, de los alegres chacoteos de la infancia, de la primera novia, la que nos hizo poetas, la que nos dejó saudades para toda la vida....

Es el poema de todas las infancias.

En este libro vibra intensamente la nota lírica; la que se queja en la quietud de los campos, en el alma de los paisajes, y evoca con ternura la aldea, la alquería, el sauce “hermano de la muerta primavera” del poeta. Gime en la soledad de la casa abandonada, y se cierne en la luz de las “noches de luna de color del día” que blanquean el molino, donde aún vaga la sombra del anciano que cuidaba del huerto campesino y de la rústica aceña.

Hay un dolor oculto que se diluye en todo el libro, el dolor de la vida que se va, ese dolor que nos hace llorar y mirar con tristeza las mismas cosas que nos fueron fraternales y queridas; el dolor que hace decir a Cuesta al volver escuchar las campanas de la aldea: “Estáis doblando por mi dicha muerta”....

Me imagino que el poeta, al dar vida a “Cantos de mi Heredad” quiso, evocando el viejo tiempo, rehacer lo que amó, lo que fué, la existencia de ayer, sencilla, ingenua, cándida y sin sombras de dolor; pero, no es tan fácil volver atrás, o mejor, no es posible volver a vivir la vida, y así, en medio mismo de la sencillez y plácida ingenuidad de ciertos cuadros, se adivina al hombre que sabe de la realidad y de la pena, que siente húmedos de llanto los ojos al volverlos a la adolescencia,

y que ya no encuentra el encanto que ayer tenían la "yerbabuena del valle", "el rosal del sendero" y "las mañanitas de Agosto", sino por lo que guardan del ayer, de lo muerto; y solloza al no poder sentir las "piedades de otro tiempo."

Como le resulta vano el intento, aborda, a veces, con audacia el tema realista, y da con vigor toques de intenso colorido, llegando casi al naturalismo y a pintar cuadros de fuerte verismo en donde se manifiesta como hábil intérprete de la vida. Talvez no siempre le sea favorable la elección del motivo; quizá algunos de los temas, por sí mismos, no sean poéticos; pero si el autor sólo quiso hacer *acuarelas*, debemos confesar que no ha fracasado en el propósito.

No quiero alargar más estas líneas, y, deliberadamente, omito la cita de los versos y sonetos que han sido de mi agrado. No fué, lo repito, mi intento hacer resaltar las bellezas de este libro que, aún sin pretenderlo, contribuye, en el puesto que le corresponde, a realizar el laudable anhelo de los poetas azuayos por crear una poesía criolla y autóctona.

Muy lejos estoy de suponer que la poesía siga en el Ecuador una marcha triunfal; juzgo que no son las épocas de transición las más propicias para el florecimiento de las artes; ni los actuales tiempos, de tan profundo malestar, benéficos a la inspiración y al culto de la santa poesía; pero sí espero firmemente el próximo resurgimiento artístico, que sigue, como por ley natural, a toda crisis social y política; y no en vano habrá habido mantenedores del fuego sacro, que a pesar de la hos-

tilidad "ambiente", y aún a riesgo de parecer extraños a los problemas de la vida común, han sostenido la gloriosa enseña del arte, esforzándose por seguir, siquiera sea de lejos, el gran movimiento de países más afortunados que el nuestro.

Ahora mismo, creo que sin pecar de optimistas, podemos afirmar que se observa una reacción saludable en las letras patrias, se acentúa una sana evolución, condición, en mi humilde concepto, de vital importancia para la vida misma del arte.

Es indudable, así mismo, que esta reacción ya influye también en la poesía azuaya, —si se me permite particularizar algo del concepto— y que esta reacción que se imprime vigorosa, —traducida en afán de nacionalismo,— en los escritores de última hora, se la debemos a los de las anteriores generaciones, de quienes partió el impulso.

Hoy el lirismo busca otras sendas, se ahonda más el sentimiento de la vida y *la psicología de las cosas*; se persigue la emoción nueva y se *subjetiviza* la naturaleza. Está en la conciencia de todos la máxima de D'Annunzio: renovarse o morir. La misma inquietud dominante nos lleva a la renovación, sin que esta implique por sí la ruptura con los primores de una tradición artística. Así lo creo, así lo espero y así sea.

1918.

Miguel Angel Moreno S.



Cantos
de mi heredad



*D*edicatoria

A mis hermanos

A vosotros alegres compañeros
De esa edad que con lágrimas se nombra,
Os dedico estos cantos, los postreros
Lampos del sol que se ocultó en la sombra.

Encierran estas rimas el perfume
De esa flor que niñez tiene por nombre;
Dulce aroma que el tiempo no consume
En el doliente corazón del hombre.

Cantos de mi heredad, flores brotadas,
Al fulgor de esas blancas alboradas
Llenas de luz, de ensueño y de rocío...

Si vivís más que yo, cuando me muera,
En mi hogar, do canté la primavera,
Sollozad en el puesto que fué mío.

A. C. W.

I

¡Qué hermosa la heredad!: la vieja casa,
A la sombra de sauces y nogales,
Con macetas floridas la terraza,
Con nidos de gorriones los rosales.

En el patio los pavos y gallinas
Con su grito sonoro y estridente,
Y un arroyo de linfas cristalinas
Llevando el cielo en su cristal luciente.

A lo lejos, el ruido del molino;
De hora en hora, el rebuzno del pollino,
Y el mugir de las vacas en el llano.

Y cubriendo la calma del paisaje,
Como un velo sutil de azul encaje,
La esplendidez del cielo ecuatoriano.

II

Agosto, dulce mes de vacaciones,
Cuán esperado en esos tiempos eras;
Y qué enjambre de frescas ilusiones
Nos dabas con tus áureas sementeras.

Como alegre bandada de jilgueros,
Lanzando al aire no aprendido arpegio,
Volábamos al campo los primeros,
Al cerrarse la puerta del Colegio.

Y la vieja heredad con la ternura
De una abuela, nos daba con hartura
Los goces inocentes de la infancia...

¡Oh lejanas auroras de la vida!,
No sé si os llegará mi despedida,
Es tan larga, tan larga la distancia!...

III

“Mi heredad.! Su heredad.! Recuerdo tanto
Su faz tranquila, su sonrisa franca,
Sus negros ojos de sereno encanto,
Su pelo suelto y su batilla blanca”...

A ese ensueño de ayer veinte años hace,
Y así en el alma como ayer la llevo;
El tiempo ese cariño no deshace:
Dicha en el cáliz del recuerdo bebo...

¡Heredad que fué de ella! Muerta infancia!
Guardan aún tus flores la fragancia
Y la inocencia del primer cariño;

Por tí olvido lo amargo de la vida,
Y canto el bien de la ilusión perdida,
Y siento el ansia de volverme niño.

IV

¡Qué dulce el despertar de esas auroras!,
¡Qué fresco el aire que el jardín respira!
Do la turba infantil de aves canoras,
La dulce paz de la heredad aspira.

Con un chorro de sol sobre la frente,
Saltando el muro que el moral resguarda,
La caterva, festiva y diligente,
Llega al aprisco que al ganado guarda.

La campesina que a la vaca ordeña,
De barro gris en jícara pequeña
Les brinda leche que entre risas francas

La turba bebe, y luego rumorosa,
Mientras la faz al sol se tiñe en rosa,
Se van corriendo con las bocas blancas...

V

Por más que el viejo que a las aves cuida
Tiene fama de listo y de severo,
¡Ay de él, si de los niños se descuida
Y asaltan en tropel el gallinero!

Al patio del corral vuelan las aves
Formando estripitosa algarabía,
Mientras las niñas, con sus manos suaves,
Les arrojan el pan de cada día.

El rubio grano que en el suelo cae,
Como un imán a todas las atrae,
Por quitarse formando batahola.

Y al huir ese enjambre bullicioso,
Abre el pavo soberbio y majestuoso
El abanico de su negra cola.

VI

Hijo del corazón de la montaña
Y de la nieve de la excelsa cumbre,
¡Qué hermoso el río que mis campos baña,
Y pasa con su eterna mansedumbre!

Sobre su lecho de menuda arena
En la heredad se duerme silencioso,
Y al irse de mis campos siente pena
Y sus olas le dicen un sollozo.

La verde grama su rivera alfombra,
Le dan los sauces su tranquila sombra
Y las aves su canto de ternura.

Cuando en él quiebra el astro su reflejo,
Semeja a la distancia enorme espejo
Tembloroso, en un marco de verdura.

VII

Como una hermana a nuestro hogar venía
Por gozar de las dulces vacaciones;
Un amor inocente nos unía,
Cual se unen en el nido los gorriones.

Le amaba sin pensar en la distancia
Que de la aura nupcial separa al niño;
Mi amor sólo sabía de fragancia
Y de blancuras de nevado armiño.

Por Ella, en mi lejana primavera
Latió mi pecho por la vez primera,
Y supe que hasta lágrimas tenía...

Y con sus ojos de mirar de cielo,
Prendió en mi alma la estrella de mi duelo,
¡La estrella de mi triste poesía!...

VIII

Al golpe de la hoz, la sementera
Reseca por el sol, se tiende al suelo;
Y los niños en turba vocinglera,
A la pampa del *calche* van al vuelo.

Y, con loca avidez, en los rastrojos
Tendidos bajo el sol de vacaciones,
Mueven con ansia los inquietos ojos
En busca de los nidos de gorriones.

Y ¡qué gozo al hallar sobre la grama,
Como sencilla cuna de retama,
El nido que en las noches les desvela!...

Lo toman con cuidado presurosos,
Retornan a la casa bulliciosos
Y lo muestran, de lejos, a la abuela...

IX

Del huerto en flor en la quietud doliente,
Con miedo preguntéle si me amaba;
Y una flor deshojando lentamente,
"Te quiero"... "no te quiero"...murmuraba.

Al decir "nada" se calló mi amiga...
Yo la dije, con voz entrecortada:
—¡ Otra flor!, ¡ otra flor!, que élla me diga,
Que tú me quieres "mucho" y nunca "nada."

—Imposible, exclamó, mira, estas flores
Tienen cinco hojas... basta de temores;
Si otra vez me preguntas, no te escucho.

Aunque sientas el alma torturada,
Ay! siempre ellas dirán que te amo "nada,"
Aun cuando el corazón te adore mucho.

X

En manojos deshácese la parva
A los continuos golpes de la orqueta;
Del dorado trigal la hirsuta barba,
El duro casco del corcel aprieta.

Y los niños detrás de los caballos
Formando van una armoniosa rueda;
De la mies despedázanse los tallos,
Y el trigo limpio de la paja queda.

Mas, luego la caterva se alborota
Y hacia la parva bulliciosa trota,
Lanzando con locura exclamaciones,

Porque sorprende su vivaz mirada
Al fondo de la parva desquiciada,
Un nido rebosante de ratones...

XI

Hoy que en la sombra del dolor me pierdo,
Como en el bosque el pájaro extraviado,
¡Oh juegos de otra edad, cómo os recuerdo
Con la ansiedad sin nombre del pasado!

Cuando en mi alma a la pena le despierto,
¡Cómo añoro las matas florecidas
De los frescos rosales de su huerto
Donde jugaba ayer "las escondidas"!...

Hoy, cuando el sol se oculta en el ocaso,
Soñando hallarla, con doliente paso
Voime al huerto que evócala en su calma...

Tras el viejo rosal, ya no me espera...
Y encuentro en ese edén do feliz fuera,
Tristezas que se esconden en el alma.

XII

¡Cometa mía!, pájaro de cañas.
En las alas alzándote del viento,
Pugnando con el hilo en darte mañas
De huir a la región del firmamento.

Fuiste del niño su mejor encanto:
Del niño que, sentado en los rastrojos,
El ovillo en la mano y, entre tanto,
Allá en el cielo los inquietos ojos...

Que en los albores de mi muerta infancia,
Dentro del pecho ya sentía el ansia
Que le obliga a cantar a esta cautiva

Alma con que nací; y que en secreta
Ascención, yendo en pos de la cometa,
Volaba de las nubes más arriba...

XIII

Los muchachos el patio de la casa
Atruenan con su loca gritería;
Algo de raro en el cortijo pasa
Para tanto alborozo y alegría.

De fuego y humo envuelto en la mortaja,
Contemplan al marrano que fué de ellos,
Sudando van y vienen con la paja
Con que avivan del fuego los destellos.

El placer de los niños se acrecienta
Cuando en doradas cáscaras revienta
El lomo del espléndido cochino.

Caen sobre él cual diestros cirujanos
Y con las blancas pinzas de sus manos
Le reducen a un copo blanquecino.

XIV

Nunca me olvidaré de esas auroras
En que íbamos al pueblo para misa,
Llevando del jardín las seductoras
Flores que se entreabrieron a la brisa...

La alegre caravana de rapaces
Va al galope cruzando por el llano,
Y a su ruido las tímidas torcaces
Vuelan con rumbo al alisar cercano.

Ya en la plaza del pueblo silencioso,
Me acercaba a las frutas, codicioso
De llenar los bolsillos de manzanas

Y volver al hogar do en el camino,
Me aguardaba aquel ángel peregrino
Con más afán y amor que mis hermanas.

XV

¡Oh la aldea! Cual grupo de perdices
Contéplase en el valle solitario;
Y sobre el techo de las casas grises
Destaca su blancura el campanario.

El huerto del convento florecido
Embalsama el ambiente con su aroma,
Hay gorjeos de amor en cada nido,
Y en el aire aleteos de paloma.

En la plaza cubierta de verdura,
Rompe en relinchos el corcel del Cura,
Dando su crin como pendón al viento.

Mientras el Cura reza su breviario,
Paseándose en el atrio del santuario,
Ladra un perro en la puerta del convento.

XVI

Como una nube de luciolas de oro,
Se posa en el sauz de la fontana
De jilguerillos un alegre coro,
Que me incita a cojer mi cervatana.

Luego un bodoque de reseca arcilla
Disparo por la larga *bodoquera*,
Para ver como esa áurea nubecilla,
se esfuma en la extensión de la pradera.

Y la alegre bandada de cantores
Oyendo los bodoques zumbadores,
Se aleja inquieta del florido huerto.

Mas, ¡qué pena al mirar, desde la rama
Revolando caer sobre la grama,
Sin que yo quiera, un jilguerillo muerto!...

XVII

¡Oh rosal de la vera del camino...!
—La buscó aún, como a la playa la ola...—
¿Recuerdas de aquel angel peregrino,
Que por las tardes me encontraba sola?...

De esa tarde que en íntimos temores
Mi pasión infantil la dije a Ella,
Sin más testigos que tus frescas flores
Y allá en el cielo la primera estrella...?

Rosal, viejo rosal, cuánto cariño
Conserva para tí este hombre niño,
Que aún llora por tus flores purpurinas...

El tiempo nuestras flores ha secado,
Pero el invierno cruel nos ha dejado,
A mí tristes recuerdos, y a tí espinas...

XVIII

Huyendo de las *chicas* un instante,
Los hermanos, pisando los *chilchiles*
Van corriendo a la cueva no distante,
Que oculta mil leyendas infantiles.

Un tabaco de anís prenden ansiosos
Y la oscura caverna se ilumina;
Y fuman, de uno en uno, presurosos,
Y en labios del más niño se termina.

Del antro misterioso salen luego,
Y, en la agua clara del sonoro riego,
Enjuáganse la boca los granujas;

En tanto que las niñas se sorprenden,
Viendo como ellos sin temor descienden
A la espantable cueva de las brujas.

XIX

Que buena era la vieja que cuidaba
De la pobre heredad las frescas flores;
La que cuentos de *duendes* nos contaba,
Llenando nuestras almas de temores.

Mariana, la que ayer sobre su espalda,
Cariñosa llevábame hacia el monte;
Y hacíame dormir sobre su falda
Cuando el sol incendiaba el horizonte.

¡Qué pena al recordar aquellas horas!...
En el muro de yedras trepadoras
Mirar su sombra proyectar desierta...

Y qué pena! una flor, ofrenda vana,
Deshojar al recuerdo de esa anciana
En mi alma viva y en mis campos muerta...

XX

Debajo de un sauz que al aire ondea
Cobijando un arroyo cristalino,
Ya la miel en la paila burbujea
Al halago del fuego campesino.

Mientras las chicas bulliciosas lavan
La *pedra plancha* que en la orilla hallaron,
Los unos niños, contra el árbol clavan
El *tocho* que los otros cepillaron;

El padre da comienzo a la batida;
La negra miel en oro convertida
Finge en las manos mágico tesoro.

Levanto al *tocho* mi desnudo brazo,
A la melcocha arráncole un pedazo
Y huyo con Ella a paladear ese oro...

XXI

Nevado el techo con el polvo blanco
Del rubio trigo que llevaba el viento;
El agua bullidora en el barranco
Y la rueda en eterno movimiento...

Dentro del arco de pardusca piedra,
La virgen que cuidara del molino;
Los sauces arropados por la yedra,
Y a su sombra el pacífico pollino.

Dormido el perro que ese edén cuidaba,
Y el viejo molinero que miraba
De reojo a las guapas moledoras...

Molino ¡cuál te copias en el alma,
Como el cielo de estío en lago en calma,
Al fulgor inmortal de esas auroras!...

XXII

“María”, cuantas veces en tus hojas
Dejó sus besos mi pasión de niño...!
Libro inmortal, sabías las congojas
De mi inocente pero cruel cariño...

Con Ella cuantas tardes sollozamos,
Leyendo aquel pasaje en que María
—como esas niñas que algún día amamos—
Por estar lejos de Efraín, moría...

—Si ella de amor por Efraín se muere,
El también morirá, si bien la quiere—
Mirándome, exclamaba conmovida...

Hoy cuando leo la Elegía aquella
¡Cómo quisiera preguntarle a Ella
Por qué no ha muerto... si enlutó mi vida!...

XXIII

Delante el viejo cura que marchaba
Trayendo a la heredad el pan del cielo;
La caterva de niños se agitaba,
Esparciendo retamas por el suelo.

Al clamor de la triste campanilla,
Que pone devoción en el ambiente,
El labriego doblaba la rodilla,
Bajando al suelo la tostada frente.

Del molino en la puerta, al aire flota,
Como ala gigantesca de gaviota,
Una cortina de nevado encaje:

Viene el Señor, en busca del amigo,
Que para hacer su cuerpo molió el trigo,
El Pan Eterno del eterno viaje...

XXIV

Parece que aún te veo buen anciano,
Recostado en el banco del molino;
Alegre el rostro y el cabello cano
Cubierto por el polvo blanquecino.

Los niños junto a tí, oyendo atentos
Las peripecias de tu vida errante;
En tanto vigilabas por momentos
El girar de la rueda trepidante.

Mas un día a la tumba te llevaron,
Los niños del molino se alejaron
Como un enjambre de aves asustadas...

¡Oh viejo molinero! si supieras
Cómo, después de tantas primaveras,
En la heredad te buscan mis miradas!...

XXV

Adiós, Melchor!, al recordar tu pena,
De mi triste laúd un grito arranco;
Porque era tu alma candorosa y buena,
Y sin mancilla, cual tu pelo blanco.

En el viejo molino en que viviste
Todo ha cambiado: es otra ya la gente
Que bebe el agua que tú ayer bebiste,
Y que hoy llora tu ausencia eternamente.

Nada me queda de esa edad dichosa,
Que se fué como el agua bulliciosa
Que la rueda] movía en su camino...

De tus dulces memorias tan lejanas,
Sólo queda blancura de tus cañas
En la vieja techumbre del molino.

XXVI

¿Recuerdas corazón? ¡Cuánto la amaba,
Y cuánto la amo sin querer, Dios mío!...
Ella del niño el corazón llenaba,
Corazón que después dejó vacío...

¡Ensueño de esa muerta primavera,
Amor, primer amor, amor deshecho!...
Ay!, si tú ingrato corazón supiera
Que al hacerme poeta un mal me has hecho...

Novia de mis primeros sinsabores,
Dime ¿te acuerdas hoy de esos amores,
Que del niño turbaron el reposo...?

¿Del día que a los otros pequeñuelos,
Les despertastes infantiles celos,
Al escogerme a mí para tu esposo...?

XXVII

Se van como soldados sobre cañas,
Sin armas, sin clarín, sin municiones:
Los niños libran siempre estas campañas,
En conquista de un nido de gorriones.

Y sobre el haz de la llanura verde
De combate mortal el grito suena,
Y lo mismo el que gana o el que pierde
En vítores frenéticos atruena.

Pero cesa un instante el vocerío
Al mirar que saltando, junto al río,
Aparecen las niñas: la ambulancia.

Les traen de comer las pomarrosas,
Que para ellos cogieron cariñosas:
¡Qué alegres los combates de la infancia!

XXVIII

De todos los recuerdos que bendigo
Adentro en el rincón de mi conciencia,
Ninguno como aquel del sauce amigo
Que sombra me prestó en la adolescencia.

En dulces tardes que el primer cariño,
Derramó en mi alma una ansiedad secreta;
Cuando, por Ella, ansiaba no ser niño,
Cuando, por Ella, ansiaba ser poeta...

¡Qué versos que escribí!, dulces canciones
Estrofas rebosantes de ilusiones
Do temblaban las perlas de mi llanto...

¡Hermano de la muerta primavera!...
Si al caer de la tarde, yo pudiera
A tu sombra entonar mi último canto...!

XXIX

La tempestad, tremenda, aterradora,
Tiende en el éter su crespón de duelo;
El rayo cual culebra voladora
Traza zigzags de llamas en el cielo.

Del oratorio en el rincón oscuro,
Los pobres niños rezan asustados,
Pues piensan que es el sitio más seguro
Para estar de los rayos resguardados.

Sobre rojos carbones, temblorosos,
Quemamos élla y yo los secos trozos
De los *ramos benditos* por el Cura.

Ella díjome quedo: es el castigo
Que Dios me manda, porque incauta sigo
Amándote en secreto... y con locura!

XXX

Para dormir tranquila como un muerto
Bajo del sauce que en el baño había,
El agua del molino hasta mi huerto
Bulliciosa del monte descendía.

Siempre en Ella pensando enamorado,
Atajaba ese arroyo cristalino;
Y de un tronco de penca del cercado,
Formaba diligente mi molino.

Y al ver que las espinas, de una en una,
—Fiel imagen del mundo y la fortuna—
Al girar de la rueda se quebraban,

En silencio quedábame mirando,
Que aquellas que el arroyo iba llevando,
En el fondo de mi alma se clavaban...

XXXI

Desde que flores de luciente plata
El moral de mis setos entreabría,
Hasta que el sol en gajos de escarlata
La nieve de esas flores convertía,

El moral de mi huerto yo cuidaba,
De las aves burlando los antojos;
Pues, negras moras obsequiarle ansiaba
Por ser hermanas de sus negros ojos...

Un día, en el moral no hallé una mora...
Maldije de la mano traidora,
Que así burlaba mi amoroso empeño.

Mas, de improviso encima del cercado,
Ella asomó con el tesoro hurtado,
Y, cual su corazón, lo dió a su dueño.

XXXII

Cuando el sol de Setiembre requemaba
Las hierbas amarillas del barbecho,
Me iba hacia el indio que sumiso araba
Roja la faz y sudoroso el pecho.

Sobre el arado la callosa mano
Iba trazando surcos en la tierra,
Y el negro surco recibía el grano
Que todo el germen de una vida encierra.

Cuando el sol avivaba sus fulgores
Marchitando las hojas y las flores,
Al verle en su labor, sentía pena.

Si me hubiera ayudado mi energía,
Bajo el bochorno cruel del mediodía
Le hubiese reemplazado en la faena.

XXXIII

Proscrito en medio de tu mismo suelo,
Con tu sudor lo riegas y tu lloro;
Que el español para mostrarte el cielo
Te arrebató con tu altivez, el oro...

Ya no habitas el valle, la alta cumbre
Es el único asilo a tu pobreza;
Y cargado de eterna pesadumbre
Al cielo no levantas la cabeza.

Hoy ya no te odian, pero no te quieren,
Y con la cruel indeferencia hieren
Tu roto corazón, cáliz de pena...

Mas, te amo yo, porque en mi muerta infancia
Me enseñaste a sentir a la distancia
La tristeza infinita de tu quena...

XXXIV

Como esconde la tórtola su nido
Entre los musgos de la abrupta peña,
A que nunca nos dieras al olvido
Te escondimos, María, entre una breña...

Allí con élla te ofrendé mis flores,
Mi primera ilusión y mi plegaria;
Allí, de los primeros sinsabores
Te hicimos confidencia solitaria...

Hoy, Señora, ya todo está en ruinas,
Reemplazan a las flores las espinas
Y anida en tu lugar el ave negra;

Mas, no ha muerto en mi pecho tu cariño
¡Por ese amor que te ofrendé de niño,
El yermo triste de mi vida alegre!...

XXXV

Cual un volcán en erupción violenta,
El horno por la boca arroja llamas,
Que a la hoguera la turba le alimenta
Con secos hececillos de retamas.

Se limpia el horno, se amontona el fuego,
La panadera, con afán prolijo,
En latas nuevas introduce luego
El leudado pan del amasijo.

Las *tórtolas*, los *cerdos*, los *soldados*,
Sobre la pala salen deformados,
Esparciendo su aroma en el ambiente;

Y, al darle su ración a cada niño,
La buena madre advierte con cariño:
—No vayas a comer el pan caliente...

XXXVI

Un trébol de cuatro hojas -me decía-
Hallar en nuestro campo es imposible,
Quien lo tiene es feliz; si lo hallaría
Supiera que mi dicha ya es posible...

¡Cuántas horas perdime junto al río
Buscando el trébol que para Ella ansiaba...!
Dí un grito de placer, fué el triunfo mío:
La hoja feliz mi mano aprisionaba...!

Fuí en su busca con la hoja apetecida,
La encontré al fin, huraña y resentida:
Le fué muy larga mi pequeña ausencia...

Rompí el trébol que tanto había buscado
Y me alejé del bien de mi existencia,
A pesar que la dicha hube encontrado...

XXXVII

Desde un montón de pajas que de la era
Llevaron hasta el llano del molino,
Montan los niños por la vez primera
Sobre el lustroso lomo del pollino.

Sobre él, de dos en dos suben al vuelo
Sirviéndoles de apoyo las orejas;
Y si el asno les bota contra el suelo,
Se vuelven a montar nuevas parejas.

Sigue la lucha hasta que al fin rendido
El cansado animal lanza un gemido,
Que la honda paz de la heredad conturba;

Y el pollino, temblor del molinero,
Se transforma en pacífico cordero
Y en víctima callada de la turba.

XXXVIII

Yerbabuena del valle!, yerbabuena,
Aún aspiro tu esencia en mi sendero;
Que tu perfume unido va a mi pena,
Y ésta, al recuerdo de mi amor primero...

Cuántas veces de tarde por el llano
Buscamos esas flores perfumadas;
Siempre mi mano asida de su mano
Y soñando en venturas... no olvidadas.

El molinero díjonos un día
Que si la hallamos, pronto nos vería
Unidos del amor por la cadena...

Si hallamos esa flor?... lo sabe el cielo...
Ella, se fué al altar... y yo en mi duelo,
Ya no busco la flor de yerbabuena...

XXXIX

No en busca del tesoro reluciente
Que ocultan en su seno las montañas,
Están los niños con ardor creciente,
De una cerca rompiendo las marañas.

No buscan de pretéritas edades
Las joyas de la vieja arqueología,
Que esa ciencia sutil de antigüedades
Aún no agita su loca fantasía.

Buscan sólo al *churucu* que se esconde
En el viejo cercado, el sitio en donde
Está la veta de la ansiada mina.

Hallan, al fin, lo que su ardor desea,
Y empieza de los *gallos* la pelea,
Que en pelea de hermanos se termina.

XL

Porque Ella amaba con pasión las rosas
Yo cuidaba en el huerto los rosales,
A do enjambre de níveas mariposas
Venía de los áureos retamales.

Para Ella las cogía, y en su mano
Miraba el oro de sus bellas alas,
Símbolo fiel del ideal humano
De fugitivas y brillantes galas.

¡Oh rosal de mi huerto, cómo lloro
Viendo tus flores de carmín y de oro
Vanas reliquias de ese amor pasado!...

Hoy que en la sombra del dolor me pierdo,
Cual áurea mariposa, su recuerdo,
Aletea en mi pecho desgarrado...

XLI

Al fúlgido cenit el astro se alza,
Y el manso río cual espejo brilla;
Mientras los niños en ligera balsa,
Navegan de una orilla a la otra orilla.

El remo agitan sin cesar sus manos
Rompiendo el agua cristalina y tersa;
Y de pronto el mayor de los hermanos,
Arroja el remo sin valor ni fuerza.

En la balsa los niños se alborotan
Y al río todos con afán se botan,
Que raudo gira sin gobierno el leño;

Y cuando pisan la ribera ansiada,
La caterva a nadar vuelve asustada
Porque mira en el *hondo* al más pequeño...

XLII

Cabe rústico altar lleno de flores,
Un instante la turba está sumisa;
Que vestida de un manto de colores,
La hermanita mayor celebra misa.

Al cielo alzadas las inquietas manos,
Murmuran latinajos los chiquillos:
Que en esa alegre misa, los hermanos
Son acólitos, chantres, monacillos.

Confiesan con el Cura que no es hombre,
Y sin que tal profanación la asombre,
Riendo se levanta la colmena;

Al altar van los niños fervorosos,
Y tranquilos comulgan con los trozos
Del pan que se robaron en la cena...

XLIII

¡Oh perro mío, amigo inseparable
De esas horas de inquietas correrías!
¡Oh muerto amigo, si me fuera dable
Verte a mi lado como en otros días!...

Al sonrosar el sol el horizonte,
Contigo y mi escopeta yo subía
Hacia la cumbre del espeso monte,
Do el tímido conejo se escondía.

Y cuando la escopeta disparaba,
Mi perro como flecha se lanzaba
Detras del raudo proyectil sonante;

Y tornaba hacia mí con ansia loca,
Mostrando airoso en la sangrienta boca,
Un blanco conejillo agonizante.

XLIV

De su fresco rosal la flor más bella
Me daba en premio de mis pobres versos...
Muerta la flor guardaba por ser de Ella,
Las espinas y pétalos dispersos.

Un día por un nido de perdices,
Me dió en cambio una tórtola cantora...
Murió el ave, guardé sus plumas grises:
Que siempre es niño el corazón que adora!

Hoy que todo ha pasado, cuánto diera
Por esas rimas en que yo vertiera
Todo ese amor sin penas y sin brumas...

¡Ay triste corazón!... Todo es envano,
Guardas tan solo de ese amor lejano,
Espinass... hojas secas... grises plumas...

XLV

Jamás para los niños hay descanso,
Aunque el sudor empápales la frente;
Corriendo van en busca del remanso,
Donde el agua se duerme dulcemente.

De uno en uno sumérgense en las ondas,
Y nadan por llegar a la otra orilla;
Mientras el sol en sus cabezas blondas
Como en un campo de retamas brilla.

Y vuelven otra vez a la rivera,
Y sobre el llano en armoniosa hilera,
Lanzando al aire bulliciosas notas,

Se cubren con pañales de blancura
Que finge sobre el haz de la llanura,
Una alegre vandada de gaviotas.

XLVI

Qué grande es la ilusión y la ternura
Con que al primer caballo se le quiere,
Se cifra en él un mundo de ventura,
Y nos rinde el dolor cuando se muere.

Negro era el mío cual la negra pluma
Del cuervo adusto que turbó mi sueño;
¡Y, cuántas veces se cubrió de espuma
Al ir en busca de mi amor... su dueño...!

A su lomo, de un salto Ella subía,
De mis brazos, amante se cogía,
Y luego al valle, y de ese valle al llano.

Y después como premio a su fatiga,
De vuelta a su heredad, Ella, mi amiga,
Le daba hierba en la rosada mano.

XLVII

Para darle los últimos cariños
Al gorrión que se ha muerto en ese día,
Hacia el rincón del huerto van los niños
Devorando en silencio su agonía.

Debajo de un ciprés cavan un hueco
Que, cual un cofre, al gorrioncillo encierra;
De sus gemidos repercute el eco,
Cuando le cubren con revuelta tierra.

El hermano mayor sobre una rama
Del árbol sube, y desde allí proclama
Todo el encanto del gorrión que ha muerto.

Cubren de flores esa tumba amada,
Y turbia por el llanto la mirada,
Taciturnos aléjanse del huerto...

XLVIII

¡Piedades de otra edad!, tardes serenas
Do el cielo mi vida estuvo en calma;
Hoy, náufrago en el mar de tantas penas
Se prende ansioso a tu recuerdo el alma.

Piedades de otra edad, ¡hoy qué distantes!,
Cuando del sol a los postreros lampos,
Corríamos alegres y jadeantes,
En busca de las flores de mis campos.

Y luego con las frentes sudorosas,
Llenas las manos de encendidas rosas,
Salvando los recodos del camino,

Sin sentir de la duda los abrojos,
Alegres le ofrendábamos de hinojos,
A la Virgen patrona del molino...

XLIX

Al perderse en la sombra los senderos,
Por las quiebras con Ella me alejaba,
En busca del rebaño de corderos
Que del monte a la hacienda regresaba.

Temblando, a nuestras almas de repente
El Angelus llegaba como un trino;
Y de las almas la oración ferviente
Buscaba de los cielos el camino.

En el dulce silencio de aquella hora
Asomaba en las quiebras la pastora
Que, al vernos, ruborosa sonreía...

Del rebaño seguíamos los pasos,
Llevando, como a un niño, en nuestros brazos,
Al recental nacido en ese día.

L

Campanas de la aldea, dulces bronces
Que en otros días de sereno encanto
Os repiqué,... ¡yo no sabía entonces
Cómo nos mata la ansiedad del llanto...!

En las fiestas del pueblo, al campanario
Presuroso subía yo con Ella;
Y desde allí, del cielo solitario
Hurtar para su sien quise una estrella...

Ha muchos años vibran las campanas
Sin que yo, como ayer, en las mañanas
Mire desde la torre la desierta

Paz de la aldea... Repicáis hoy día,
Campanas... Viene la melancolía...:
¡Estáis doblando por mi dicha muerta...!

LI

Oh tarde de ilusión, cómo persiste
Tu recuerdo que a mi alma le recrea...
¡Oh tarde en que mi madre al verme triste,
A la fiesta mandóme de la aldea!

En la plaza del pueblo la *chamiza*
Ardía con rojizos resplandores,
Mientras danzaba al soplo de la brisa
Un globo diminuto de colores.

Entré al templo, a la Virgen del Poblacho
Le miré con ternura de muchacho,
Al tenue resplandor de luz escasa;

A sus plantas postre me reverente,
Y le pedí como único presente
Ser cantor de las dichas de mi casa.

LII

Anochece. La voz de la campana
A la heredad como un sollozo llega;
Y gime en el rosal de la fontana
El ave que en el nido el ala pliega.

Cae la sombra; el sol tras de la cumbre
Temblando oculta su diadema de oro;
Y en el alma de un niño hay pesadumbre
Que en las pupilas se convierte en lloro.

Solo, ante la hermosura del poniente,
Entre las manos la ardorosa frente,
Contempla el cielo purpurino y terso...

¡Oh! recuerdos de esa ora vespertina
En que me ahogaba la ansiedad divina
Con que del alma se desprende el verso!...

LIII

Guitarra mía, amiga y confidente
De los nocturnos en que junto a Ella,
Al resplandor de su mirada ardiente,
Lancé de mi alma la primer querella.

En tus cuerdas, cual gotas de rocío
Que ruedan temblorosas en la paja,
Rodó su llanto con el llanto mío,
Dentro la concha de tu negra caja.

Hoy que en mis brazos, como ayer, te estrecho,
A los latidos de mi triste pecho,
Que herida lloras, como ayer, parece...

¡Es que en el fondo de mi amarga vida,
En cambio de su amor, queda en mi herida
Su recuerdo inmortal, que crece y crece...

LIV

Es de noche, al fulgor de luz escasa,
La familia se junta en el granero,
Y el buen padre, el patriarca de la casa
Preside la velada, placentero.

Mientras todos desgranar en sus manos
Las masorcas, en místicos anhelos,
El también deslizado va los granos,
Del rosario, panoja de los cielos!

Y qué dulce el rumor que de allí nace:
Ya en perlas la mazorca se deshace;
Ya sube al cielo la oración sentida;

Y sigue la faena hasta que asoma
La luna, como tímida paloma,
Y a jugar a los niños les convida.

LV

Noches de luna de color de día,
Cuando en el patio de la vieja casa,
Formando delirante algarabía,
De la dicha gozábamos sin tasa.

¡Noches de luna!... Del hogar vecino
Acudían las niñas, y con ellas
Mi amiga, el ángel del amor pristino
Que dejó en mi alma luminosas huellas...

Hoy, que ya sólo su recuerdo existe,
Noches de luna, vuestra luz ¡qué triste...!
Cuando alumbráis el patio ya desierto,

Parece vuestra luz blanco sudario
Que amortaja ese fúnebre santuario.
Donde solloza mi cariño muerto.

LVI

Asidos del vestido tenazmente
Los niños y criados, sobre el llano,
Al fulgor de la luna reluciente,
Se preparan al juego del *milano*.

Una ondeante cadena está formada;
El viejo mayordomo a la cabeza,
Es el jefe que manda la parada,
Y el cruel *milano* la embestida empieza.

¡Oh juegos de esa edad! Oh dulce encanto!
Feliz el corazón que os gozó tanto,
Para empaparse en su eternal aroma...

Yo en esas noches de *milano* hacía,
Y de todas las aves que seguía
Le aprisionaba sólo a mi *paloma*...

LVII

El padre cariñoso que les viera
Sollozar a los niños por las aves
Que el zorro traicionero se comiera,
Prepara en contra de él venganzas graves.

Junto a la casa de los mirlos, pone
La trampa que su astucia imaginara,
Y con niños y perros se dispone
A la lid que al corsario le prepara.

Es ya de noche; en el tapial del huerto,
Asoma el zorro, con andar incierto
Se llega hasta la trampa. De repente

Suena un tiro; la turba alegre, grita;
Que por fin, el ladrón rueda y se agita
Purpurando la grama floreciente.

LVIII

Plácida luna de esas noches bellas,
Cómo tu lumbre en mis tristezas se alza:
Aún me miran piadosas las estrellas,
Surcando el río en mi ligera balsa.

Ella, a mi lado sin rubor ni miedo;
Y en medio al río... nuestras almas solas...
"¡Cuánto te adoro!", murmuré tan quedo
Que no supieron de mi amor las olas...

Después?... la balsa se pudrió en la orilla,
Las lágrimas bañaron mi mejilla
Y supo el río de mi cruel quebranto...!

Hoy que la bruma de su adiós me envuelve
Voy a la playa para ver si vuelve,
Porque Ella ha de venir: ¡me amaba tanto!...

LIX

En la amplia alcoba do los niños duermen,
Se ven escenas por demás extrañas:
Mientras los unos con quietud se aduermen,
Hay otros que no juntan las pestañas.

Del lecho al pie, se miran los sombreros,
Las ruanas y las límpidas espuelas.
¡Oh edad de los recuerdos lisonjeros,
Con tus viajes de ayer aún me desvelas!

No bien el gallo en los alcores canta,
La madre de su lecho se levanta
Y a los niños les dice que "ya es hora";

Y la vieja sirvienta conmovida,
En la alcoba les dá la despedida,
Les junta al corazón... suspira y llora...

LX

Antes que el sol colore el firmamento
Y la niebla del monte se desprenda,
Un rumor de colmena en movimiento
Escúchase en el patio de la hacienda.

Los niños van en pos de los caballos
Que impacientes aguardan la partida;
Se van al fin cual hojas de los tallos
Que lleva el huracán en su embestida.

Es ya de Octubre la primer mañana,
Ya torna a la ciudad la caravana
Repleto el corazón de angustia y frío;

Y el viejo mayordomo suspirando
Al ver que ya se van, cierra llorando
La negra puerta del hogar vacío...

Epilogo



LXI

Mañanitas de Agosto, bellos lampos
De esas puestas de sol, pájaros, flores,
Molino bullicioso de esos campos,
Novia de mis primeros sinsabores,

Cometa que te fuiste por el viento,
Perro fiel que me amaste cuando niño,
Guitarra que lloraste en mi tormento,
Primeros versos del primer cariño...

Amigos que os tragó la tumba fría,
Noches de luna de color del día
De esa edad venturosa cual ninguna,

Recibid el adiós que os dá mi duelo,
Que en mi pecho, en el campo y en el cielo
Quedó la sombra y se ocultó la luna...

LXII

De esa vida de ayer ya nada existe;
Al irse la niñez, todo ha cambiado,
Sólo el recuerdo, como una ave triste,
En el fondo del alma se ha quedado.

Adiós niñez!... la duda, la tristeza
Me van llevando en su fatal corriente,
Ya la nieve se asoma en mi cabeza,
Y una arruga tenaz cruza mi frente,

De la vieja heredad abriga el techo
Al grupo fraternal aún no deshecho
Por la pálida muerte ni el olvido...

¡A mis padres, Señor, nunca les hieras;
De mi vida sin luz has lo que quieras.
Pero protege el corazón del nido...!

LXIII

Heredad de mis padres, vieja casa,
De tus flores de ayer guardo el perfume;
En vano el tiempo por mi vida pasa
Y tu santo recuerdo no consume...

Si ayer cuando fui niño me ofreciste
Horas felices de ventura y calma,
Hoy, que la vida se me ha puesto triste
Que tu techo otra vez dé sombra a mi alma...

Que tus brisas, tus tardes, tus auroras,
Y el rumor de tus ondas bullidoras,
Disipen el dolor del pecho mío.

¡Y quien me diera que al cerrar mis ojos
Le preste sombra amiga a mis despojos
El viejo sauce de tu manso río!...

Apéndice

Rutas Contrarias

A Agustín Cuesta, el poeta amigo de la infancia, en la aparición de sus "Cantos de mi Heredad".

En éxtasis de azul sobre el paisaje,
Llena de sol, de amor, de melodía,
Abre tu alma su lírico plumaje
En la pompa triunfal del mediodía!

Sigue tu curva alegre, en el celaje,
El ala negra de mi poesía...
Y hay lumbre que palpita en el oleaje
Del agua triste de la vida mía...

Mas, yo no puedo consolar las horas
Con las dichas lejanas y fugaces
Que tú, en los ayes de la lira, lloras;

Pues los recuerdos de la edad perdida
Son, para mí, bandadas de torcaces
Que me enlutan el cielo de la vida...!

Gonzalo Cordero Dávila.

Al sentimental trovador

Agustín Cuesta V.

Poeta, al dulce ritmo de tu doliente Canto,
Resplandeció en mi noche la luz de ausentes días,
Miré floridos valles y azules lejanías
Y vagué en los pensiles del reino del encanto.

Supe de tus ensueños, y del rudo quebranto
Que colmó tu existencia de abrojos y elegías,
Y hermané a tus nostalgias las desventuras mías,
Y sufrí por tus penas y lloré por tu llanto...

¿A qué evocar, poeta, la ya perdida gloria,
El bien distante, el cielo del imposible amor?...
¡Urna de flores secas, hermano, es la memoria;

Nadie enjuga las lágrimas, y perdura el olvido
En la rítmica entraña -sangriento y roto nido-
Donde canta la vida la canción del dolor!...

Remigio Tamariz Crespo.

Cuenca, 10 de Noviembre de 1918.

Notas

Algunas palabras de las usadas en este poema van subrayadas, por ser provincialismos. No quiero explicarlas, porque todos los que lean mi libro las comprenderán. De mi poema, digo que ha sido escrito en Cuenca y para los cuencanos, como dijo el bardo antioqueño de su *Memoria sobre el cultivo del maíz*; en Antioquía y para los antioqueños.

*
* *

En el mes de Agosto de este año fui honrado por la simpática Revista "*Páginas Literarias*" con la publicación de mi retrato y de una semblanza o estudio de mi humilde personalidad escrita por el acertado crítico *T. Reemmi*. Sea esta la ocasión de manifestar al grupo de muchachos inteligentes de "*Páginas*", y especialmente a *T. Reemmi* (Manuel Moreno Mora) mi más profundo agradecimiento por el honor dispensado y los altos conceptos emitidos en favor mío. Pero séame, al mismo tiempo, permitido rectificar uno de esos conceptos.

Dice el crítico: "La *Leyenda de Hernán* ha abierto nuevos senderos en la literatura de Cuenca. Seducidos por el encanto de la poesía eclógica e idílica del poema, hay quienes siguen, a la distancia, las huellas de Crespo Toral. *Cantos de mi Heredad*, mosaico de cuadros campesinos, con laudable tentativa de volverle poema, es la obra de uno de ellos."

Grande honor sería para mí seguir, bien que de lejos, de muy lejos, las huellas de Remigio Crespo Toral, nuestro gran poeta laureado; pero, la verdad no es esa. La mayor parte de los sonetos de mi poema —más de treinta— fueron escritos en 1913 (año en que todavía no veía la luz la “Leyenda de Hernán”) y publicados en “*Fraternidad*”, la revista juvenil de preparación a que alude mi crítico, redactada por mis compañeros Miguel A. Moreno, José Rafael Burbano y Ricardo Márquez. Tómese en cuenta que los sonetos a que me refiero eran precisamente los cuadros de género, enalzados por T. Reemmi, en los que pudiera haber influido la “Leyenda de Hernán”.

No para encumbramiento de mi nombre humilde hago esta observación, sino únicamente para que luzca la verdad. Yo sé que mi poema vale bien poco, y, porque vale tan poco, quiero que sea enteramente mío para ser yo el único responsable de mis faltas. Mía, íntimamente mía, sin influencias de nadie, es la inspiración que ha hecho nacer, ingenuos y humildes, al recuerdo de la vida pasada, estos *Cantos de mi Heredad*.

Octubre 20 de 1918.

A. C. W.

Notas

Algunas palabras de las usadas en este poema van subrayadas, por ser provincialismos. No quiero explicarlas, porque todos los que lean mi libro las comprenderán. De mi poema, digo que ha sido escrito en Cuenca y para los cuencanos, como dijo el bardo antioqueño de su *Memoria sobre el cultivo del maíz*; en Antioquía y para los antioqueños.

*
* *

En el mes de Agosto de este año fuí honrado por la simpática Revista "*Páginas Literarias*" con la publicación de mi retrato y de una semblanza o estudio de mi humilde personalidad escrita por el acertado crítico *T. Recemmi*. Sea esta la ocasión de manifestar al grupo de muchachos inteligentes de "*Páginas*", y especialmente a *T. Recemmi* (Manuel Moreno Mora) mi más profundo agradecimiento por el honor dispensado y los altos conceptos emitidos en favor mío. Pero séame, al mismo tiempo, permitido rectificar uno de esos conceptos.

Dice el crítico: "La *Leyenda de Hernán* ha abierto nuevos senderos en la literatura de Cuenca. Seducidos por el encanto de la poesía eclógica e idílica del poema, hay quienes siguen, a la distancia, las huellas de Crespo Toral. *Cantos de mi Heredad*, mosaico de cuadros campesinos, con laudable tentativa de volverle poema, es la obra de uno de ellos."

Grande honor sería para mí seguir, bien que de lejos, de muy lejos, las huellas de Remigio Crespo Toral, nuestro gran poeta laureado; pero, la verdad no es esa. La mayor parte de los sonetos de mi poema —más de treinta— fueron escritos en 1913 (año en que todavía no veía la luz la “Leyenda de Hernán”) y publicados en “*Fraternidad*”, la revista juvenil de preparación a que alude mi crítico, redactada por mis compañeros Miguel A. Moreno, José Rafael Burbano y Ricardo Márquez. Tómese en cuenta que los sonetos a que me refiero eran precisamente los cuadros de género, enalzados por T. Reemmi, en los que pudiera haber influido la “Leyenda de Hernán”.

No para encumbramiento de mi nombre humilde hago esta observación, sino únicamente para que luzca la verdad. Yo sé que mi poema vale bien poco, y, porque vale tan poco, quiero que sea enteramente mío para ser yo el único responsable de mis faltas. Mía, íntimamente mía, sin influencias de nadie, es la inspiración que ha hecho nacer, ingenuos y humildes, al recuerdo de la vida pasada, estos *Cantos de mi Heredad*.

Octubre 20 de 1918.

A. C. Q.

Acabóse de imprimir este libro
en la Tip. "Progreso", en
Cuenca del Ecuador
a veinte días del
mes de Octubre
de MCMXVIII
años.